

LA SOCIEDAD Y LA FAMILIA.

I.

Tres vicios á cual mas trascendentales hemos dicho que se atribuyen á la sociedad de nuestro siglo, como fuentes de todos los males que aquejan á los pueblos modernos y causan horribles extragos hasta en la familia; y sin embargo de lo errónea que es para nosotros esta opinion, en cuanto á la extension que se les supone, el origen que se les señala, la antigüedad y trascendencia que se les reconoce, la aceptamos como un hecho de gravedad, cuyas causas nos proponemos investigar para indicar su remedio, por ser tarea muy en armonía con el objeto de nuestro periódico, y que contribuirá en mucho á que la clara inteligencia de nuestras lectoras descubra mas y mas el vasto horizonte sobre que la educacion extiende las relaciones de la sociedad y la familia como fundamento de la organizacion de los pueblos.

El amor excesivo á los placeres y bienes materiales, un espíritu turbulento y una criminal indiferencia por las verdades morales y religiosas, hemos dicho que son los tres vicios que se suponen encarnados en nuestra sociedad actual, y de los cuales hemos prometido ocuparnos estudiando sus causas, naturaleza y consecuencias. Refiriéndonos al primero, es decir, á esa aspiracion constante que se manifiesta en casi todas las clases sociales por los goces materiales de la vida, y aun entregarse á placeres que están fuera del alcance de su fortuna y facultades; ese amor entrañable con que se apegan muchos á los bienes terrenos, en cuya mayor suma hacen consistir su dicha, deberemos empezar por reconocer hasta qué punto se encuentra arraigado en la sociedad y en la familia, de qué causas procede y qué consecuencias puede producir, para elegir los medios que contengan sus progresos, atajen sus extragos y extirpen sus raices hasta donde la educacion y el individuo pueden hacerlo.

Es un hecho que la masa general de nuestra sociedad, olvidada en gran parte del modesto

ejercicio de la virtud, los dulces placeres morales y los tranquilos goces del alma, corre en pos de los intereses materiales á que paga un tributo vergonzoso; y que unos, fatigados por los sacrificios de una vida austera, la frugalidad de un trabajo honroso y las privaciones de una condicion humilde, se precipitan en busca de riquezas y tesoros, entrando en las vias de la corrupcion y la malicia; que otros, dueños de una inmensa fortuna, acallan el grito de su conciencia entre las vanidades y el fausto que excitan la sensibilidad formando sus delicias y encantos, y ya corren en pos de quimeras y fúnestos placeres, ya acarician en sus ilusiones las mas horribles miserias cubiertas con el lujoso oropel con que el orgullo oculta las devoradoras llagas del vicio, para dejar una vaga reminiscencia de sus galas, mezclada con el triste desengaño de los tormentos que empiezan á dibujarse entre los perfumados aromas de los goces que busca en nuevos espectáculos. La esplendidez en la satisfaccion de las necesidades de la vida crea un afan constante por la adquisicion de las riquezas, destinadas á precipitarse cual las aguas de un rio caudaloso en la sima de nuevos placeres, apartando cada vez mas y mas el espíritu de los goces inmateriales que pudieran abrirle paso en la senda de la virtud para conducirlo á la inmortalidad. De este modo el hombre y la sociedad se hallan en un inminente peligro por la falta de equilibrio entre las tendencias morales y materiales. Si la sociedad actual no ha llegado á semejante estado, porque aun se conservan vivos en el corazon de muchas familias preciosos restos de una fé pura, que renace y lucha con empeño por realizar y satisfacer las sublimes aspiraciones del alma, sobreponiéndose al tiránico yugo de los placeres é intereses materiales á que rinden algunos una vergonzosa idolatría, los síntomas que le son propios acrecen cada dia, y es necesario acudir á tiempo. Pero ¿cómo aplicar los medios que han de atajar tan perniciosas tendencias, sin señalar la causa de que provienen? Detengámonos un momento, y observemos que la causa inmediata que puede pro-

ducir en el hombre una tendencia funesta á los goces y placeres materiales, capaz de embotar nuestro espíritu hasta el punto de ahogar la conciencia y apagar los mas elevados sentimientos, es la *duda*. Se nos dirá que la duda es un mal de todos los tiempos; que siempre han existido individuos que han vacilado entre dos afirmaciones, y que esta vacilacion no dá por resultado inmediato la muerte de un espíritu recto, de un alma pura que se entrega á la tiranía de los intereses terrenos. Pero preciso es tener en cuenta que, cuando se la considera como una de las causas determinantes del estado social del mundo moderno, es indispensable suponerla tan difundida que no se oculta su existencia en la mayoría de los corazones y reinando en el seno de las familias. Así lo vamos á conceder á los que atribuyen al amor de los placeres é intereses materiales, que nosotros vemos como su derivacion genuina, á fin de venir á parar mejor al objeto que nos hemos propuesto. Es decir, la vacilacion entre dos afirmaciones se halla sobrepuesta á las creencias en cuanto á los principios fundamentales, ya emanados de las purísimas fuentes de la religion y la moral, ya relativos al desenvolvimiento y aplicacion de la base orgánica de la familia y de los estados.

La duda puede considerársela señora absoluta de la familia, la sociedad y el mundo, tan pronto como en un tiempo, una época ó un siglo dado hay muchos que vacilan entre admitir ó no admitir, negar ó no negar principios esenciales á las reglas que han de servir de pauta en la conducta humana. Entonces puede decirse con verdad que el siglo ó el mundo duda. Mas cuando la duda, aunque extensiva á la generalidad, es relativa á cosas indiferentes que deben ser apreciadas sin relacion ni aplicacion alguna directa á los principios esenciales de que se derivan las leyes del mundo moral, en este caso la duda no constituye el carácter de la sociedad ni de la época, y es un mero accidente sin funesta trascendencia. Por otra parte: si la duda es franca y sincera, y precede al exámen é investigacion de las cosas, sean de la natura-

leza que quieran, fuera del sagrado dogma, es por sí misma buena y saludable, porque es una prenda de seguridad en el descubrimiento de las verdades y del firme convencimiento con que se arraigan en el espíritu. Pero si por el contrario, proviene de la debilidad ó impotencia de este para abrazar ó rechazar las afirmaciones, es hija de la indiferencia, síntoma innegable del abatimiento de nuestro sér y del olvido del alma en todo lo que se relaciona con nuestro ulterior destino. ¡He aquí la duda fatal que abre paso al imperio de los intereses materiales y sus cenagosos frutos, por el predominio de la parte física sobre la espiritual en el individuo! Mas aun: si dudamos entre dos afirmaciones y tenemos conciencia de nuestra duda, esta es sincera y no perjudica á nuestra alma; pero si la duda se oculta bajo afirmaciones exageradas y violentas, ó reconoce afirmaciones contradictorias, esto es, afirmando un día lo que niega otro, entonces es una duda especulativa é hipócrita, que produce al que la abriga cierta satisfaccion y placer, que es el signo mas marcado de la enfermedad del espíritu, que á semejanza de algunas muy graves que ponen término á la vida orgánica del hombre, van precedidas de marcados accesos de alegría. Esta es la duda que nos aparta del orden moral severo en que el espíritu debe obrar con la rectitud que prescriben sus leyes, y nos entrega á las emociones y satisfacciones con que la naturaleza física lo seduce y embarga para arrastrarlo al sepulcro. Creemos que en esto se halla sencillamente explicado cómo la duda arrebatada al alma los goces tranquilos é inefables que encuentra en su propia conciencia, para impelerla necesariamente al amor de los bienes y placeres materiales.

Si se nos pregunta ¿por qué la duda crea y fomenta en nuestra alma un amor intenso por los bienes físicos, que lleva á sus víctimas á buscar en la naturaleza las bellas emociones que alejan el disgusto consiguiente á lo que no habla á nuestra fatigada imaginacion, ni interesa al corazón, sino con violentas y destructoras impresiones? Porque agosta la lozanía del

alma, consumiendo el rocío saludable de las creencias, y seca la conciencia con las asoladoras emociones de los placeres físicos, único medio de entretener los tormentos de la vida, en tanto que ó mientras dure la aptitud del organismo.

Para que se reconozca por todos si la duda es ó no un carácter esencial del individuo, la familia y la sociedad, en una época dada, detengámonos á estudiar algunos fenómenos sencillos del orden moral. Si la juventud se apresura á soltar las envolturas de la infancia y rasgar los velos que guardaban su modestia; si se muestra alegre y satisfecha por abandonar una á una todas las creencias que penetraron en su corazón con las mas candidas ilusiones, la duda reinará ya en los corazones de los individuos y las familias.

(Se continuará.)

L. R. Y P.

EL ESPÍRITU DE ÓRDEN.

Considerado como idea ó como sentimiento, él es, por lo general, antipático á la infancia, porque supone con el instinto de las analogías y de la prevision, una actividad incesante; y los niños, completamente entregados al momento presente, y á la vez turbulentos, móviles y perezosos, no tienen tiempo ni deseo de clasificar, ordenar y arreglar. Observad á un rapaz en medio de sus juguetes, y siempre lo vereis dispuesto á sacarlos de sus cajas y á exparcirlos por el suelo, por las mesas y las sillas: pronto estará la habitacion llena de estorbos; pero si hay que colocar las cosas en su sitio, es una verdadera desesperacion. Bien podréis decir que si los soldados de plomo, las casitas, etc., no se colocan en sus cajas y se guardan en el armario, se romperán ó se podrán perder: el niño no os escucha. Poco le importan ahora todos sus juguetes, se ha cansado de ellos, y no sabe qué hacer. Otra idea le acaba de pasar por la cabeza; quiere ir al paseo, y se muestra dispuesto por satisfacer su capri-

cho, á sacrificar todos sus tesoros, seguramente para llorarlos un poco despues. No ha salido de la puerta del cuarto, cuando su disposicion á la incuria empieza á manifestarse por todas partes; si no se tira ó se arrastra en la escalera, deja caer su sombrero, que rueda de escalon en escalon; sus manos apoyadas en las paredes, van dejando señales, y recogen en cambio una abundante cosecha de polvo, destinado á ser repartido á su vez en la cara ó en los vestidos.

En la calle encuentra medio de mancharse donde no hay lodo, de desgarrarse donde no hay objetos para ello, y de perder sus guantes ó su pañuelo; está constantemente amenazado por los piés de los caballos ó las ruedas de los carruajes; vuelve á su casa enlodado, desfallecido, humillado; y su paseo, habiendo tenido principio con tanto placer, termina enojosamente.

Cuando la adolescencia se acerca, esta disposicion al desorden, lejos de aminorarse, parece que se aumenta; pues con la languidez de la pubertad, el organismo se muestra mas flojo que nunca. Si es varon, sus vestidos están constantemente ajados y en desorden, sus zapatos descarcañalados y su sombrero abollado; no se sienta, sino se echa en las sillas; come con los dedos, y no puede evitar el poner los codos sobre la mesa; rompe ó deteriora todo cuanto toca; pierde los objetos que se le confían, no acaba el trabajo que ha comenzado, y nunca llega á tiempo si se le llama: sus libros y cuadernos de estudio están manchados de tinta, rotos y descantillados por todas partes. Lo moral acaba, como siempre, por modelarse en lo físico, y hay desorden en las ideas, en la memoria y en la voluntad, si bien es cierto que algunos seres, con dotes excelentes, se inclinan por su pereza á la disipacion y al desaseo.

El desorden, aunque menos visible, no tiene una influencia menos perniciosa en la niña llamada á dirigir en su dia una casa, y á tomar una gran parte en la prosperidad ó la ruina de una familia: aquí la negligencia se encubre, no se manifiesta tanto en lo exterior; pero no pue-

de ocultarse al ojo perspicaz de una madre ó de un observador. ¿Quién no ha visto en una visita de mañana el extraño contraste que ofrecen con frecuencia dos hermanas? La una, levantada desde muy temprano, está ya vestida y peinada, tiene arreglada su habitacion, y ha llenado las mil pequeñas atenciones que tiene una jóven al despertar. En sus cabellos alisados y dispuestos con arte, en sus mejillas todavía húmedas por el contacto de un agua limpiada, en la tinta rosada de sus uñas, en la blancura de su peinador recientemente pulido por el hierro de la planchadora, en sus medias bien estiradas y en sus lucientes zapatos, hay como un perfume de pureza, de un atractivo irresistible.

Su hermana, despertada al mismo tiempo, no ha tenido ánimo para dejar el lecho; ha saboreado ese sueño de la mañana que carga la cabeza y los ojos y hace imposible la actividad; resignada á levantarse, bosteza, se despeveza, y experimenta un malestar particular; se queda inmóvil y medio desnuda sin tener resolución para vestirse; el contacto del agua le repugna, y aplaza sus abluciones para otro momento; se pone con pereza las medias, que por no sujetarlas caen sobre los talones; calza botinas, que se quedan entreabiertas y con los cordones arrastrando, en fin, ciñe una falda siempre pronta á dejar las caderas.

Cuando el aviso para almorzar se deja oír, no está peinada ni vestida; tiene que cubrir precipitadamente sus cabellos erizados, y ocultar sus brazos y espaldas con una manteleta, y de esta manera ridícula vá á la mesa, arrastrando en pos de sí la atmósfera malsana del desórden.

Semejante contraste entre dos jóvenes no existirá solamente en el aspecto personal; se puede tener la seguridad de encontrarlo también en sus hábitos y en todo lo que les toca de una manera mas ó menos íntima.

El carácter de una muger es muy fácil de adivinar por el aspecto de su habitacion; y no necesita un observador mucha sutileza para reconocer hábitos de molicie en los divanes muy

blandos, en las butacas elásticas, en las alfombras espesas, y en las colgaduras y tapicerías de una pieza interior: conocidos son también los gustos y hábitos que dan á las habitaciones frialdad, alegría, tristeza, pretension, austeridad, animacion, y aun maldad. En éstos últimos es difícil sentirse sin aplastar un sombrero ó una caja de dulces; casi imposible moverse sin derribar alguna cosa, y andar sin hacerse una contusion.

El órden, llevado al exceso, puede tener también sus inconvenientes en lo que restringe al movimiento y la vida. Comunmente dá un aspecto glacial á la habitacion de la persona que, habituada á someterse á una voluntad superior ó á una regla fija, acaba por calcar su existencia en la manecilla de un reloj. En semejante morada reina una limpieza exasperada; no hay la mas ligera partícula de polvo, ni la sombra de una tela de araña; los muebles tienen sus cubiertas y están colocados simétricamente á cierta distancia de la pared, para que no la toquen los respaldos. Los péndulos, candelabros y arañas están vestidos de gasa, que los preserva del contacto de las moscas y del polvo; nunca se vé en los vasos de porcelana un ramillete que suelte una gota de agua ó algunos pétalos, nunca un pájaro en su jaula, nunca un perro sobre la alfombra.

En esas tristes habitaciones no se deja que penetre el sol, porque altera el color de las telas, ni el aire exterior, que trae insectos y partículas de polvo; así es, que se conserva una atmósfera glacial y cargada de ese olor de encierro que participa de la cera, del moho, del barniz, de las maderas y de la engomadura de las telas.

Los dueños de la casa llevan en sus blancas y enjutas caras el sello de sus hábitos; sus vestidos, exasperadamente limpios, aunque raídos por el contacto del cepillo, están siempre muchos años detrás de la moda; la tela es fuerte y el color sombrío; falsas mangas de lustrina cubren los antebrazos hasta la hora de medio día; pero desaparecen á la señal dada por el reloj, así como las babuchas y el traje de mañana.

Las comidas nunca se anticipan ni se retardan; al sonar la campana, cada uno se pone á la mesa; los manjares son poco numerosos, menos por causa de parsimonia que por temor de salir de regla, y se eligen de ellos los mas sencillos y menos capaces de producir manchas.

Donde la vida está organizada así, los movimientos son lentos y metódicos, la voz baja, la risa desconocida; nada se sufre á los niños, y no se recibe sino muy rara vez á los amigos, porque en un dia de gala las salas de recepcion conservan en el techo la impresion del humo de las lámparas, y en el pavimento la señal de los piés de los concurrentes.

Es imposible que con tales hábitos exista la cordialidad, y que los afectos sinceros y solícitos habiten bajo un techo donde se vive esclavo del tiempo, de los muebles, de los vestidos, de las tapicerías, etc.

Verdad es que estos excesos de método y precision en los actos de la vida no son un defecto de la infancia y se manifiestan mas en la edad madura; pero sus gérmenes han sido casi siempre contraidos desde muy temprano y pertenecen á una educacion mal dirigida. El orden no degenera jamás en semejantes extremos cuando se acompaña de actividad física y moral, porque el sér humano, para trabajar y producir, está en el caso, no de sujetarse á los agentes exteriores, sino de someterlos á su uso.

Evitemos, pues, el conservar á la infancia en la fria morada del anciano, donde todo está tranquilo y acompasado. El verdadero orden no es una muerte anticipada, sino, por el contrario, un complemento de la vida, un agente de produccion; pero no se obtiene así, ni llega á ser un hábito, sino á costa de largos y penosos esfuerzos, pues exige de la educacion, como haremos ver en otros artículos, ciertas preparaciones, entre las cuales debe estar en primera línea la represion de la incuria bajo todas sus formas.

J. T. L.

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA ARITMETICA

EN LAS ESCUELAS DE NIÑAS.

Las relaciones de los números y el ejercicio de las operaciones del cálculo son, por su sencillez y exactitud, muy propias para formar hábitos de atencion y de raciocinio.

La aritmética no es una ciencia de lujo que la muger debe adquirir como adorno intelectual, sino una ciencia indispensable para desempeñar con acierto la administracion económica del hogar doméstico, en la cual es del mayor interés no engañarse con cálculos aproximados, sino darse la cuenta mas exacta.

A pesar de todo esto, en algunas escuelas de niñas se mira con horror la aritmética: se enseña mal, y no se comprende, pues se ejecutan maquinalmente las cuatro reglas, y el mas sencillo problema, resuelto por rutina, se olvida luego, no quedando en la inteligencia nocion alguna que poder aplicar á otros casos de igual naturaleza.

No es extraño que sea tan repugnante á maestras y discípulas una enseñanza que es tan árida, por omision de las nociones fundamentales mas indispensables, y por falta de encadenamiento y gradacion en los ejercicios.

A la falta de método es debido tambien el que sea exíguo el número de niñas que aprenden la aritmética; y en ciertas escuelas, donde se practica el cálculo mental, para entretener á las menores, los resultados no son mas satisfactorios.

Antes de ejercitar á estas niñas en el cálculo mental, tarea difícil en toda edad poco capaz de reflexion; antes de enseñarles las cifras, que representan ideas abstractas, es necesario acostumbrarlas á unir los adjetivos numerales á los nombres de objetos susceptibles de ser contados; porque estos adjetivos no son por sí mismos otra cosa que puras abstracciones, y no representan ideas claras á la infancia.

Diversos objetos de una misma naturaleza, y particularmente monedas, fichas, targetas, dados, etc., podrán servir, por adiciones y sustracciones graduales de unidades ó grupos, para enseñar el valor y las relaciones de los números, como asimismo las reglas fundamentales de la aritmética. Tambien se podrá enseñar á expresar las dimensiones de los objetos, aplicándoles una unidad de medida, el metro ó el decímetro, segun el caso; y cuando se hayan asociado

con frecuencia los objetos reales á las ideas de los números, entonces los nombres y las cifras, en la inteligencia, pasarán fácilmente del estado concreto al estado abstracto.

El *tablero contador*, formado con cien bolas en diez alambres paralelos y horizontales, puede servir, en manos de una hábil profesora, no solo para enseñar la numeracion, es decir, la formacion y los nombres de los números, sino tambien para dar á conocer las operaciones fundamentales de la aritmética: las bolas de dos colores, dispuestas alternativamente, recrean la vista, cautivan la atencion y facilitan considerablemente los cálculos.

Con este instrumento, que muestra las cantidades y sustituye á los signos, por medio de intuiciones, se pueden componer y descomponer los números, hallar el producto de la multiplicacion de dos factores cualesquiera menores de diez, cambiar el orden de los factores demostrando que el producto no se altera, enseñar que la multiplicacion es una forma abreviada de la adicion, etc., etc.

El *contador* de cien bolas es preferible al de ciento cuarenta y cuatro adoptado en las escuelas de párvulos de Inglaterra para la enseñanza de las de sumar, restar y multiplicar: en efecto, llena igualmente este objeto, satisface todas las necesidades de esta enseñanza, y además evidencia el principio del sistema decimal, puesto que la relacion de las unidades con las decenas y centenas se presenta á la vista en todas las operaciones.

Importa mucho que en la primera concepcion de los números se observe la combinacion tan sencilla y tan bella que determina el valor de los diversos órdenes de unidades: de esta manera el conocimiento de la formacion de los números conduce rápidamente á representarlos con cifras.

Cuando la niña conozca bien la numeracion, podrá empezar á ejercitarse en el cálculo mental, pasando de las operaciones mas sencillas á las complejas. Este ejercicio, que puede ser tan variado como se quiera, conduce á muchos resultados: adiestra la reflexion y la memoria, presta exactitud al raciocinio y dá ese hábito de calcular que exigen los asuntos ordinarios de la vida.

En la enseñanza de la aritmética, como en todas, es preciso proceder con lentitud para conseguir verdaderos y sólidos progresos; hacer una cosa despues que otra se ha ejecutado bien; empezar siempre por la mas fácil, y detenerse cuando la capacidad de

la niña no permita avanzar; pero por corta que sea su disposicion, convendrá que no haga nada sin saber por qué lo hace.

Será tambien muy conveniente proponerle problemas; pues hay niñas habituadas á ejecutar enormes multiplicaciones y divisiones de números compuestos de diez y mas cifras, y no saben qué hacer si se les enuncia una cuestion en la forma siguiente:

«¿Cuánto valen 25 varas de tela á 6 reales y 25 céntimos? ó bien ¿Cuál es el valor de una vara de tafetan á razon de 375 rs. por 6 varas?»

Bien sabemos que las disposiciones para el cálculo no son las que mas descuellan en la muger; pero creemos que si las niñas se habituasen desde la infancia á calcular, vencerian esta dificultad natural.

T.

FIGURAS DEL LENGUAJE.

El aprendizaje del idioma en la infancia es tan irregular como expuesto á viciarse para siempre; razon por la cual hemos meditado muy detenidamente sobre los medios con que la madre y la profesora, sin ser muy ilustradas, ni mucho menos eruditas, pueden corregir incesantemente los defectos en que la ignorancia hace incurrir frecuentemente á las jóvenes, con especialidad en el uso de las figuras. Entre los muchos que se emplean con buen éxito hemos hallado uno preferible á todos los demás, porque desde luego prepara por sí mismo á cualquiera á desempeñar tan importante trabajo, y enseña la manera de continuar en él sin fatiga ni violencia alguna que lo haga penoso. Nos hemos apartado cuidadosamente de todo método, y aun de toda práctica aislada que requiera una instruccion prévia mas ó menos vasta y concienzuda, porque faltando esta generalmente á la muger, lo haríamos inaplicable por ventajoso que fuera. Consiste el medio escogitado en dar á la madre y la profesora un guia seguro y práctico para que pueda ejercer constantemente, y sin gran esfuerzo de atencion, un cuidado especial sobre el lenguaje que emplean las niñas, y enmendar y corregir en él con eficacia cuantos defectos y errores se cometan en el empleo ó uso de las figuras. Este guia se reduce á un simple ejemplo, en el que se hallan sintetizadas ó rigurosamente compendiadas todas las figuras. Aprendido fielmente de memoria por la profesora, y sabiendo distinguir en él, hasta el punto de

hacer aplicacion á cuantos casos ocurran, todas y cada una de las figuras, por el simple conocimiento que de ellas tome en la explicacion del ejemplo, las habremos provisto de un instrumento de verdadera educacion intelectual, puesto que su influencia será, no solo de resultados gramaticales y lingüísticos, sino que se extenderá al orden ideológico y lógico, toda vez que la claridad, precision y rectitud de las ideas y los juicios, dependen á esta edad principalmente del lenguaje por ser su forma é instrumento, ya en la percepcion, ya en la expresion, y este alcanzará con él una pureza y propiedad difíciles, si no imposibles, de conseguir por otro medio, á no ser á costa de mucho tiempo y asiduo trabajo.

Nadie desconoce que el lenguaje ordinario y familiar del individuo es como la clave ó pauta de su expresion para todos los tiempos y situaciones de la vida, hasta un punto que no se verifican en él cambios notables sino despues de mucho tiempo, estudio y esfuerzos; porque las formas y giros, una vez adquiridos, constituyen y arraigan en cada uno su estilo especial, que es la expresion de su modo de ser, sentir y expresar, digámoslo así, que no varía, sino variando las condiciones y circunstancias en que se halla. Del mismo modo en la infancia, el primer lenguaje adquirido por la comunicacion de los pensamientos, ha de crear un estilo habitual que, si no se refiere á una pauta tan correcta como sencilla, dará un lenguaje absurdo y semibárbaro de muy difícil y lenta correccion despues. He aquí la necesidad de fijar la atencion en el uso de las figuras, puesto que el primer lenguaje es natural y esencialmente figurado; y he aquí la necesidad tambien de que la pauta esté tomada de la forma mas propia y sencilla para la edad á que nos referimos. Así se explica perfectamente por qué el ejemplo que nosotros hemos escogido, tratándose de la enseñanza que se ha de dar por la muger á las niñas y jóvenes, esté tomado de una comunicacion de afectos que la son propios, con la sola particularidad de que en su expresion tengan ya toda la sencillez y rectitud necesarias. Solo nos resta advertir, antes de entrar en materia, que á continuacion del ejemplo, y para su aplicacion práctica, como modelo y pauta constante, vá la explicacion mas sencilla y menos doctrinal que hemos podido darle, con el fin de que hasta las mugeres de mas escasos conocimientos gramaticales puedan hacer de él un uso saludable.

«Cuando digo que sí, tú dices que nó: mañana y

tarde, dia y noche has de estar descontenta.» Esta figura se llama *antítesis*, que es la union de conceptos contrarios: su uso, muy frecuente hasta en el lenguaje mas familiar, al que dá precision y fuerza, comunica cierta elegancia al que es mas elevado. Los niños y los jóvenes, en quienes la precipitacion es tan característica en muchas circunstancias, la emplean tambien naturalmente, porque su índole la hace propia de los pensamientos mas sencillos. Debe, sin embargo, procurarse que no se interponga palabra alguna, si es posible, fuera de la conjuncion que las enlaza, entre las dos que expresan la contrariedad: así se advertirá que son mucho mas expresivas, precisas y enérgicas las de *mañana y tarde, noche y dia*, que la de «*cuando digo que sí, tú dices que nó.*»

«Jamás, jamás hay tranquilidad contigo.» En este ejemplo se conoce á primera vista que se comete la figura llamada *repeticion*, que, además de dar fuerza al pensamiento, mantiene en suspenso el ánimo de los que oyen: tampoco admite palabras antepuestas á la repetida, si ha de ser verdadera y pura la repeticion, como figura del lenguaje y no un vicio de dicción.

«Cuando te enfadas eres una hiena, una furia.» Esto es lo que llamamos *hipérbole*, es decir, aumento ó disminucion exagerada del pensamiento que se desea expresar. En esta figura conviene no consentir jamás impropiedad, vicio en que se incurre fácilmente al querer llamar la atencion é interesar á los que nos oyen con un alarde de imaginacion. Se necesita gran cuidado en la direccion del uso de esta figura, porque, sin consentir el abuso que hace ridiculo y cansado el lenguaje, no deben ponerse trabas que anulen y compriman la imaginacion á quien se deben las mas bellas y oportunas.

«Pero ¿qué te hago yo, desgraciada de mí, para que tan mal pagues mi cariño?» Esta es la interrogacion: figura que es preciso no confundir con la simple pregunta, tan frecuente en las niñas, cuya curiosidad se vé pocas veces satisfecha y las obliga á estar siempre preguntando á los que las rodean. La interrogacion es una figura que envuelve una pregunta, cuya contestacion no necesita el que la hace, para llamar principalmente la atencion sobre la falta que con él se comete, ó para convencer de ella misma y obligar á confesarla. Hay interrogaciones muy propias de la infancia, que llevan el doble objeto de negar aquello que en acusacion de una niña se dice.

En estos casos es cuando mas se ha de procurar corregir los defectos que se adviertan y persuadir á las niñas del objeto de esta figura; porque son los casos que mas se prestan á su débil comprension.

(Se continuará.)

R.

LA INDOLENCIA CORREGIDA.

(Cuento.)

Doralice, esposa de un negociante, disfrutaba una fortuna considerable; pero tenia excesivo espíritu y demasiado corazon para amar el lujo y querer distinguirse por una vana magnificencia. Sabia que el lujo es verdaderamente ridiculo en las personas cuya clase las dispensa de toda representacion; no tenia diamantes; habitaba una casa tan cómoda como sencilla, y no daba fiestas, pero hacia buenas obras; y su fortuna, lejos de exponerla á la envidia de los necios ó al desden de las gentes razonables, le atraia las bendiciones de los desgraciados y la estimacion general. En su casa nada revelaba ostentacion ni pueril deseo de brillar. Aunque sabia concentrarse en sí misma, era aficionada á la sociedad, y á fin de formarse una verdaderamente agradable, no habia dado preferencia exclusiva á ninguna clase sobre otra, sino que estaba decidida á recibir á toda persona distinguida por las cualidades del corazon y de la inteligencia, cualquiera que fuese su condicion. Doralice no tenia mas que una hija: esta niña, de seis años de edad, mostraba buen corazon; era dulce, obediente y sincera; no le faltaba inteligencia, pero era excesivamente indolente; carecia de actividad y aplicacion, y todo lo hacia con lentitud y pereza.

La indolencia, bien lo sabeis, es una mala cualidad, que hace desagradables aun las cosas que menos pueden fatigar al espíritu ó al cuerpo. Con esta disposicion no se desea correr, ni saltar, ni bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones cansan; y por la misma razon, no gusta el estudio, por no tomarse el trabajo de aplicarse; no se reflexiona, no se piensa en nada, y se vegeta en vez de vivir: tal era el estado de Julia, la hija de Doralice. Su aya se quejaba sin cesar de los descuidos de ella: en efecto, en todos los rincones de la casa se encontraban los pañuelos, las tijeras y las muñecas de Julia: nada le repugnaba tanto como guardar las cosas de su uso: en su cuarto estaba todo en el desorden y desaliño mas chocantes. Obligada á pasar una parte del dia en buscar sus libros, su labor y sus juguetes, Julia perdía en esta desagradable ocupacion un tiempo precioso, que hubiera podido emplear útilmente, ó al menos consagrar á sus recreos.

Todas las mañanas era necesario reñirla para que se decidiese á dejar el lecho; en seguida, nuevos sermones, por el entorpecimiento que ordinariamente conservaba mas de una hora despues de levantarse, y que se manifestaba por repetidos bostezos en la excesiva duracion de su desayuno. En el paseo se repetian las amonestaciones, porque Julia queria sentarse en vez de andar, quejándose de frio ó de calor. Las lecciones no se efectuaban mejor: Julia no las empezaba sin llorar. Durante los recreos le era preciso buscar los juguetes extraviados ó perdidos, y oír todavía una nueva reconvencion por este asunto.

Doralice tenia todos los talentos necesarios á una excelente educadora, pero carecia de experiencia; la educacion de Julia era la primera que habia tenido bajo su direccion. En todas las cosas es necesario pagar con faltas el aprendizaje, y en esta ocasion cometió una muy grande: no pudo preveer todas las enfadosas consecuencias que podian resultar del defecto dominante de su hija (defecto, en verdad, el mas difícil de destruir); se lisonjeó de que la edad y la razon darian insensiblemente á Julia la actividad de que estaba desprovista; se contentó con reñirla de vez en cuando, en lugar de castigarla, y no reconoció su error, sino cuando era tarde para remediarlo.

Sin embargo, viendo la negligencia de Julia aumentarse de dia en dia, ideó hacer un diario, en el cual consignaba cada noche todos los objetos que Julia habia perdido en el dia, y lo que habian costado. En esta lista figuraban los libros deteriorados, los juguetes rotos, los vestidos nuevos manchados ó inutilizados, de manera que no pudiesen ya servir, los pedazos de pan arrojados en todos los rincones del jardín, los diges descompuestos, el papel, las plumas y los lápices gastados sin utilidad: añadiendo á todo esto el valor de los objetos perdidos, Doralice sumó en un solo mes un gasto de cuatrocientos reales.

Un año despues, Doralice mostró á su hija la cuenta de todo lo que habia perdido ó disipado, y el total ascendia á mas de cuatro mil ochocientos reales. Julia, que no tenia entonces mas que siete años, se mostró muy indiferente á este cálculo; y su madre, esperando que se impresionaria mas cuando conociese el valor del dinero, continuó siempre su diario con la misma exactitud; le ayudó en este trabajo la aya de Julia, quien cada noche daba á Doralice, en una hoja suelta, los pormenores de las prodigalidades que habia presenciado. Doralice ponía todas estas hojas en un cofrecito, sin sentarlas en el diario que ella llevaba por su parte; pero pronto los apuntes del aya llegaron á ser tan considerables, que hubiera necesitado mucho tiempo para hacer el cómputo. Entonces Doralice se decidió á no hacer el resumen hasta que Julia cumpliera una edad razonable.

El diario de Doralice probaba mas y mas que la in-

dolencia de su hija se aumentaba en vez de disminuir. Julia iba con frecuencia á un paseo, donde perdió en cuatro meses objetos por valor de tres á cuatro mil reales; ya perdía una sortija, ya un frasco, otra vez un medallón, sin contar los pañuelos y guantes olvidados en los asientos. A parte de esto, no pasaba semana que no destrozase un abanico, que no rompiese el muelle ó el cristal de su reloj, y era necesario pagar incesantemente cuentas de relojeros. En el invierno el gasto era mayor; Julia, como todas las personas indolentes, era en extremo friolenta; estaba siempre en el brasero, y dejaba caer en él cuanto tenía en las manos; se quemaba sus vestidos, y era indispensable reponer su guarda-ropa todos los meses. Además, cuando venían sus maestros, tenía casi siempre una jaquera que no le permitía ocuparse en sus lecciones; se daba al maestro una targeta y se le despedía...

Entretanto Julia empezaba á salir de la infancia, pues iba á cumplir diez años; su madre le puso nuevos maestros. Cansada del piano, y no haciendo en él ningún progreso, Julia declaró que sentía una repugnancia invencible hacia este instrumento, y manifestó deseo de aprender el arpa. Doralice le permitió abandonar el piano, aunque lo tocaba desde la edad de cinco años, y le puso maestro de arpa. Al mismo tiempo Doralice sumó en su diario un gasto de mas de treinta mil reales por música, maestro, conservacion de piano, etc. Julia no aprendió el arpa mas que un año; el maestro, disgustado de su poca aplicacion, se retiró; entonces se dedicó á la guitarra con el mismo mal éxito; y en fin, la guitarra quedó abandonada como el piano y el arpa.

Julia tenía tambien otros maestros; aprendía el dibujo, la geografía, el francés y el italiano; tenía un maestro de baile, otro de canto y otro de escritura; el gasto pasaba de tres mil reales mensuales. No por eso era mas sabia la indolente Julia, y los dispendios que ocasionaba no tenían ya límites. Cada dos ó tres meses, sus cuadernos de música, sus cartas de geografía y sus libros, quedaban inutilizados, y era necesario comprar otros. No tenía cuidado alguno con su arpa; la dejaba á la humedad delante de las ventanas abiertas, y era preciso ponerle cuerdas diariamente; en cuerdas de arpa, lápices y papel, gastaba cuatro veces mas que hubiera necesitado una persona cuidadosa.

Su excesiva indolencia le hacia insoportable todo género de sujecion. Era tan poco esmerada, que en dos años había sido forzoso renovar dos veces los muebles de su habitacion. Sus vestidos estaban siempre manchados de tieta ó de esperma; pasaba un tiempo increíble en el tocador, pues no hacia nada sino con extremada lentitud; notábase al mismo tiempo una imperdonable negligencia en su compostura; miraba sin ver, ejecutaba sin pensar, y no mostraba ninguna gracia, ningún gusto. No habien-

do querido jamás ponerse guantes, tenía las manos bastas y rojas, habituada como estaba á llevar constantemente sus zapatos como si fuesen pantuflas.

Tal era Julia á los diez y seis años de edad. Doralice determinó formarle una linda biblioteca, con la esperanza de que tomase afección á la lectura. Para obedecer á su madre, Julia se limitaba á tener un libro en la mano; pues leía con tan poca atencion, que le era imposible adquirir la mas ligera instruccion; así fue, que á los diez y seis años era su ignorancia tanto mas injustificable, cuanto que nada se había escatimado en su educacion; no tenía noción alguna de historia, de geografía, ni aun de ortografía; estaba igualmente incapacitada de extracar un escrito ó escribir una carta; y aunque estuvo aprendiendo diez años la aritmética, no había niña de ocho años que no contase mejor que ella.

Por aquel tiempo, un jóven llamado el vizconde de Arcel, se hizo presentar en casa de Doralice; tenía veinte y tres años; era tan distinguido por su inteligencia, sus virtudes y su reputacion, como por su nacimiento, y poseía gran fortuna y atractivos personales. Parecía tener el mas vivo deseo de agradar á Doralice y de obtener su amistad; apreciaba su sencillez, su dulzura y su carácter, y no se cansaba de admirar sus maneras; su tono era natural y noble, su conversacion á la vez sólida y agradable; la encontraba con frecuencia en casa de uno de sus parientes, y le había hecho muchas visitas; pero no había visto aun á Julia.

En fin, un día Doralice convidó al vizconde á cenar, y á las nueve apareció Julia en el salon; su madre la había dirigido aquel día en el tocador. En la compostura de Julia no había nada rebuscado ni pretencioso; pero sus cabellos estaban arreglados cuidadosamente, y se había puesto guantes. El vizconde la examinó desde luego con mucha atencion, y la encontró muy bella; un instante despues observó que no tenía gracia, y al cabo de un cuarto de hora no la miró mas, y hasta olvidó que estaba allí.

Sin embargo, continuó yendo tan asiduamente á casa de Doralice; y un día que la encontró sola, habló con una confianza que autorizó á Doralice á preguntarle si pensaba casarse. «Si, señora, contestó; pero aunque mis padres me dejan absolutamente la libertad de elegir, me parece que no me decidiré fácilmente; el interés ó la ambicion no me determinarán jamás; una pasión ciega no me hará cometer locuras; quiero casarme, no para adquirir mas fortuna ó consideracion, sino para ser mas feliz; buscaría una persona perfectamente educada, que posea virtudes y talentos, que pertenezca á padres estimables, dignos de mi respeto y amistad; su madre, por ejemplo, debería poseer todas las cualidades que os distinguen, puesto que ella sería el mentor y el guía de mi mujer.»

En aquel momento llegó una visita que puso fin á la conversacion. Algunos dias despues, Doralice supo que el vizconde de Arcel habia encargado á una persona que preguntase con reserva á los criados de la casa, que él mismo se habia dirigido directamente á muchos maestros de Julia, á los cuales habia obligado, sin trabajo, á decir la verdad; supo el vizconde positivamente que Julia no habia obtenido fruto alguno de la dispendiosa educacion que le habia dado su madre.

Desde aquel momento el vizconde frecuentó mucho menos la casa de Doralice, y bien pronto cesó enteramente de visitarla. Doralice, segura de que el vizconde se hubiera casado con Julia, si esta hubiese tenido menos defectos, sintió mucho por su hija un partido tan brillante que el solo mérito personal del vizconde le hubiera hecho preferir á cualquier otro.

Penas mucho mas sensibles estaban reservadas á Doralice. Julia, cada vez mas indolente, le causaba diariamente nuevos pesares. A los diez y siete años aun tenia todos los maestros que se dejan á los catorce; no le agradaba ninguna especie de ocupacion; sin embargo, como tenia buen corazon y amaba á su madre, se esforzaba algunas veces por vencer su pereza, y entonces eran admirables las disposiciones que mostraba; el corazon de Doralice se abria nuevamente á la esperanza y á la alegría, pero esta felicidad duraba poco; al cabo de cinco ó seis dias, Julia volvía á caer en su apatía ordinaria, sentía confusamente sus faltas, y en vez de procurar repararlas, se dejaba ir al desaliento. Por otra parte, acostumbrada á no reflexionar jamás, no conocia toda la ingratitud que revelaba el corresponder tan mal á los cuidados de tan buena madre; pero decia para sí: «Es verdad, he causado muchos gastos inútiles, pero estos dispendios no han podido menoscabar una fortuna tan considerable como la de mi padre; por lo demás, soy rica, se dice que soy bonita, y podré pasar sin instruccion y habilidades.» Que es como si hubiera dicho: «Puedo dispensarme de mostrar mi reconocimiento á mi madre: ¿para qué hacer su felicidad y al mismo tiempo ser amable y amada?» He aquí cómo razona el que es incapaz de reflexionar.

Julia, no procurando jamás agradar ni obtener la aprobacion de los que la rodeaban, no gozaba consideracion alguna en la casa de su madre; los criados y los amigos de Doralice la miraban siempre como á una niña. Mostrábase tan poco cortés, tan singularmente insípida, y decia á veces cosas tan impertinentes, que su trato era importuno y desagradable. Toda contrariedad le parecia insoportable, y todo era contrariedad para ella: los usos recibidos en la sociedad le parecían tiránicos; la cortesía, molesta, y no estaba á su comodidad, sino con personas subalternas y sin educacion. Lejos de buscar los consejos de que tenia necesidad, los excusaba,

conociendo que no tenia valor para seguirlos; así, cuando Doralice le patentizaba los inconvenientes de su carácter, escuchaba á su madre con mas despecho que arrepentimiento. Semejantes conversaciones producian siempre una confusion y un mal humor que Julia no podia vencer ni disimular; porque, acostumbrada á ceder blandamente á las impresiones que recibía, y no teniendo dominio alguno sobre sí misma, preferia agravar sus faltas á buscar los medios de repararlas.

Julia, adquiriendo tantos nuevos defectos, no había perdido ninguno de aquellos que se le reprendian en su infancia. Hacia dos años que recibía para sus gastos una pension tan fuerte como si fuese para una casada; sin embargo, estaba siempre mal puesta y contraía deudas. En fin, llegó á los diez y ocho años, época feliz para ella, porque debían ser despedidos todos sus maestros; y aquel mismo dia Doralice fué por la mañana al cuarto de Julia, y, sentándose cerca de su hija, le dijo: Hoy cumples diez y ocho años, la edad en que ordinariamente concluye la educacion; he hecho por tí, hasta este momento, cuanto podia hacer. He aquí el diario de que te he hablado tan á menudo; contiene los pormenores de todo lo que has perdido desde tu infancia y los gastos inútiles que has ocasionado; he unido á él los antiguos apuntes de tu aya y los de tu doncella. El resumen de todas estas sumas dá un total de cuatrocientos doce mil reales....—¿Es posible, mamá? exclamó Julia.—Y puedes creer que no he incluido los gastos indispensables, tanto para tu sostenimiento, como para los maestros que han conseguido enseñarte algo. Por ejemplo, tienes buena forma de letra y lees regularmente la música: no figuran estos dos maestros en mi diario, aunque me he visto obligada á conservártelos mucho mas tiempo del que hubiera sido suficiente, si hubieses mostrado mas aplicacion; he debido poner en el número de los gastos infructuosos todo lo que han costado los maestros de instrumentos, dibujo, geografia, historia, aritmética, etc., sin olvidar la maestra que te ha enseñado á bordar por espacio de dos años, y la enorme cantidad de seda, felpilla, raso, terciopelo, etc., que has gastado, sin haber hecho algo que se pueda presentar....—Pero ¡cuatrocientos doce mil reales! replicó Julia: no lo puedo concebir.—Te he dicho mil veces que los gastos pequeños, muy repetidos, llegan á ser exorbitantes, y por lo tanto ruinosos. Un ejemplo te lo hará comprender: tú tienes dos relojes: desde la edad de ocho años hasta este momento, no ha pasado mes sin enviarlos al relojero ó al joyero, ya para ponerle un muelle, un cristal y hasta una muestra nueva, ya para ponerle algun diamante. No hay mes en que las composturas de estos relojes no hayan costado, por lo menos, cuarenta reales; de manera, que al cabo de diez años, este solo artículo sube á dos mil reales. Bien se debe echar de menos el dinero que se ha prodigado así,

cuando se piensa en cuántos otros usos se hubiera podido emplear: cuatrocientos doce mil reales que has perdido, hija mía, hubieran asegurado una suerte feliz á mas de veinte familias infortunadas.

Esta última reflexion de Doralice hizo correr las lágrimas de Julia; tomó una mano de su madre, y estrechándola entre las suyas, exclamó: ¡Oh! ¡cuán culpable soy! Pero, mi querida mamá, aunque yo carezca de instruccion, me quedan los elementos de todo lo que he aprendido....—Sin duda, repuso Doralice; y si quisieras aplicarte y estudiar formalmente, aun podrias recuperar una parte del dinero que has perdido; pero seria necesario que en adelante tuvieses tanta perseverancia y actividad como inconstancia y pereza has mostrado hasta hoy.

Al oir estas palabras, Julia suspiró y se abandonó á su propio pensamiento. Sé, continuó Doralice, que, gracias á tu fortuna y á tu figura, crees que tienes menos necesidad de habilidades y gracias que otras muchas jóvenes; pero porque se posean las ventajas mas frágiles y menos estimables, ¿hay razon para desdeñar las que solo pueden merecer la aprobacion mas lisonjera? ¿Es la hermosura lo que se hace amar? Despójala de las gracias, y no tendrá ni aun el don de agradar. ¿Consiste la felicidad en la riqueza? ¿No estás siempre consumida de hastío, siempre descontenta de los demás y de tí misma?... Por otra parte, ¿conoces tú el estado de los negocios de tu padre? ¿Y si se arruinase?...

Estas últimas palabras despertaron la atencion de Julia, y miró á su madre con espanto. Doralice calló, levantó los ojos al cielo, y despues de algunos minutos de silencio, que Julia no se atrevió á interrumpir, se levantó y salió del cuarto, dejando á su hija abrumada de inquietud y tristeza.

Las alarmas de Julia no eran sino muy fundadas. Mondor, su padre, que era tan insaciable como Doralice moderada, no habia podido contentarse con treinta mil duros de renta; se habia empeñado en empresas inmensas, y caminaba á grandes pasos á su total ruina. Doralice no conocia toda la extension de su desgracia, pero la sospechaba en parte, y esto era lo que habia querido dar á entender á su hija. Mondor, con la esperanza de conservar su crédito, procuraba ocultar el mal estado de sus negocios; pero pronto muchas quiebras de sus asociados descubrieron tan espantoso desórden. Mondor no tenia un alma capaz de soportar la adversidad; cayó enfermo, y los cuidados de Doralice y Julia no pudieron conservarle la vida; espiró, maldiciendo la ambicion y la codicia, funestas causas de su ruina y de su muerte.

(Se continuará.)

EL HERMANO GENEROSO.

Un negociante de Lóndres tenia dos hijos, de los cuales el mayor era de mal corazon y carácter duro, que odiaba á su jóven hermano, mas amable que él y de un natural dulce y apacible, maltratándole siempre que tenia ocasion, sin que los castigos ni las reprimendas del padre le hicieran cambiar de conducta: el comerciante, que tenia una fortuna considerable y se sentia ya viejo, hizo su testamento; y por una extraña anomalia, él, que conocia tan bien á sus dos hijos y amaba tanto al menor, desaprobando la conducta del mayor, dejó á este toda la herencia con sus riquezas y navios, rogándole solamente que continuase sus negocios y auxiliase á su hermano. Poco tiempo despues murió el padre; y cuando el hermano mayor se vió dueño de todo, no disimuló por mas tiempo su odio, y arrojó de su casa á su desgraciado hermano, abandonándole á su suerte sin darle ningun socorro: tanta inhumanidad llenó de indignacion y amargura el corazon del jóven, desanimándole completamente. «Si de este modo me trata un hermano, decia llorando, ¿qué debo esperar de los extraños?» Mas como estaba algun tanto enseñado al comercio, viéndose en tal abandono, se dirigió á un comerciante que vivia en una villa cercana á Lóndres, ofreciéndole sus servicios, que el comerciante aceptó recibiendo en su casa al pobre jóven.

Despues de algunos años de prueba reconoció en este tanta prudencia, virtud, y tal formalidad en sus cuentas, que le dió en matrimonio á su única hija; y al morir, poco despues, les dejó todos sus bienes. Despues de la muerte de su suegro, encontrándose nuestro jóven bastante rico, y no siendo de esos codiciosos insaciables, á quienes el afan de amontonar riquezas no abandona sino al borde del sepulcro, deseoso de vivir en paz, compró en una provincia, lejos de la capital, una bonita posesion; se retiró á ella con su esposa, y vivia feliz y muy estimado de todos.

Como existe una providencia que castiga siempre á los corazones desapiadados, el hermano mayor que, despues de la muerte de su padre, habia continuado el comercio y multiplicado los negocios, resistió durante algun tiempo á los reveses de la fortuna; pero vino un año fatal en que se multiplicaron tambien sus pérdidas: una furiosa tempestad echó á pique sus buques cuando volvian con un rico cargamento: al mismo tiempo, varios mercaderes que tenian en su poder lo que le quedaba de su fortuna, hicieron bancarrota; y para colmo de infortunios se prendió fuego á su casa, con lo que quedó aquel desgraciado reducido á la mendicidad. En este horrible estado no tenia otro recarso, para no morir de hambre, que implorar la caridad de aquellas buenas al-

mas á quienes el relato de sus desgracias llegaba á enternecer; y así comía el desdichado el pan de la caridad pública, entre las lágrimas y los remordimientos. — «¿Qué sería de mí, decía algunas veces suspirando, si todos los hombres fuesen tan duros como yo he sido? ¡Ah! Si supiesen cómo he tratado á mi hermano, me rechazarían con horror. ¡Hermano mio! ¡Hermano mio! exclamaba varias veces en los caminos; ¿dónde estás? Sin duda me maldices, experimentando quizá en este momento los horrores del hambre. ¡Oh! Si pudieses encontrarme y verme, quedarias vengado. ¡Que no pueda yo abrazarte y partir contigo este pedazo de pan, que una pobre y generosa madre acaba de darme por mano de su hijito! Con esto me consolaria. ¡Ay! Si la casualidad me pusiese ante su vista, no reconocería él á su hermano entre los harapos de la miseria; y sin embargo, debe esperar encontrarme, si es que existe un Dios vengador de la justicia.» Cierta dia que este hombre desventurado habia andado muchas leguas, pudiendo ya apenas sostenerse, vió á lo lejos un caballero de buen porte paseándose á caballo en la pradera que rodeaba un bonito castillo, del que parecia dueño: avanzó hácia él, y exponiéndole sus desgracias y miserias, le pidió algun socorro. — «¿De dónde sois, le preguntó el caballero, y cómo la fortuna os ha reducido al estado en que os veo?» — El pobre contó entonces su historia, no suprimiendo mas que sus malos tratamientos á su hermano menor; bien que en la efusion de su relato estuvo varias veces tentado de revelarlo todo, confesando que era acreedor á su suerte; mas el temor y la necesidad le retuvieron, creyendo extinguir por esta confesion la piedad que habia podido inspirar á aquel caballero. Sin embargo, dijo lo bastante para ser reconocido por este. El dueño del castillo, sin darse por conocido, llevó al pobre á su casa, mandando á sus criados que le preparasen una habitacion para aquella noche, y contó á su esposa el descubrimiento que acababa de hacer y sus designios. El pobre durmió toda la noche tranquilamente, y al despertar, su primer pensamiento fué este: «¿Qué caritativo es este caballero! Si no ha nacido rico, merece serlo.» — Algunas horas despues fué mandado llamar por su bienhechor, quien, cuando le vió en su presencia, le miró con ternura, preguntándole si realmente no le conocia. — «Nó, señor,» contestó el pobre. — «Pues ¡soy tu hermano!» dijo el jóven llorando, y se precipitó hácia aquel, estrechándole tiernamente entre sus brazos. El hermano mayor, lleno de sorpresa, de confusion, de arrepentimiento y de loca alegría, cayó aturdido á los piés de su hermano, exclamando: «¡Hermano mio!» Despues abrazó á este y á su esposa, rogándoles que le concediesen su perdón y bañándoles con sus lágrimas. — «Ya hace tiempo que te he perdonado, querido hermano: olvida lo pasado y vivamos siempre unidos. Por lo demás, tú

eres rico, puesto que yo lo soy. Y ahora, amémonos siempre mucho como buenos hermanos.» — «Sí, mi buen hermano, respondió el mayor, ahogada su voz por los sollozos; yo siempre te amaré, pero no me perdonaré nunca, acordándome de la manera cómo te he tratado, y que tú eres quien me salva la vida, vengándome generosamente.»

CARLOTA ELISA.

ARTE DE HACER FLORES.

III.

Una de las operaciones mas delicadas y que necesitan mas cuidado en la fabricacion de flores de papel y batista, es el tinte ó colorido de estas sustancias, para que tengan toda la propiedad y brillantez que en él requiere la imitacion, punto de partida en este arte, y en el que consiste el mérito principal de sus productos.

Cada color tiene una preparacion particular, que ni en los componentes, ni en la manera de ejecutarla, se parecen en su mayor número á los colores empleados en la pintura ordinaria. Haremos, pues, una reseña de los mas generalmente usados, sin perjuicio de dar á conocer los demás, á medida que lo requieran las flores de cuya formacion nos ocupemos.

Cereza subido. Para preparar este color, se toma una botella de liquido de rosa vegetal; otra de una dissolution de cremor tártaro; 125 gramos del mismo cremor; una mano de papel blanco agrisado, de buen cuerpo y esponjoso, y uno ó dos pinceles. Se toman tres vasos de agua clara, y en dos de ellos se echan tres cucharadas de cremor tártaro. Se echa en una salvilla tanta cantidad de rosa vegetal, como se crea necesaria para lo que haya de teñirse; se disuelve en ella sal tártrica en proporcion de una gota por cada cucharadita de rosa; se menea y mezcla bien con un pincel, que no debe emplearse mas que para este color, y si se quiere un matiz cereza claro, se echa un poco de agua pura.

Preparado todo en esta forma, se mojan en el agua pura los pétalos que se quieren teñir; se los comprime entre los dedos, á fin de extraerles la gran cantidad de agua que habrán absorbido, que impediria que tomasen bien el color ó lo haria demasiado claro. Humedecidos de esta manera, se mojan como hasta las tres cuartas partes, introduciéndolos por capas ó paquetes de á ocho, y se cuida bien de que se introduzca en todos el color, repasándolos con el pincel. En seguida se los coloca sobre el borde otra salvilla, y á medida que se tiñen, se colo-

can las capas las unas sobre las otras para que penetre bien el color, dejándoles en esta disposicion unas dos horas.

Es preciso que los pétalos no se sequen, porque tomarian un color bronceado que con nada se le haria desaparecer; y para conservar en ellos la humedad, se ha de tener cuidado de volverlos de tiempo en tiempo, y colocarlos siempre por capas en la salvilla, dejando la uñuela ó punta levantada. Sin esta precaucion, el color se correrá en sentido contrario, la parte principal de los pétalos quedará con un color mas débil y la inferior no tendrá el blanco indispensable para aquellas flores en que ha de llevar un ligero tinte verde ó amarillo.

Luego que hayan tomado bien el color, se enjuagan, tomándolas siempre por capas, primero en el vaso de agua con cremor tártaro, y despues en el de agua clara, cuidando de introducirlos y tenerlos fuertemente apretados por sus uñuelas entre los dedos ó entre las palas de las pinzas, para que el color no se destiña en el blanco que se ha procurado conservar.

Se toma despues una capa entre los dedos para extraerle de nuevo el agua inútil que han tomado al enjuagarse, y se les extiende sobre un papel de estraza ó secante para dejarlos secar; repitiendo la operacion con todas las capas de pétalos que se han teñido.

Muchas personas hacen uso del zumo de limon en lugar de cremor tártaro, ó echando algunas gotas además de este, y creen obtener un color mas fresco; pero la frescura que esta sustancia comunica á los pétalos no es sino pasajera, y despues de algunos dias las flores se vuelven amarillentas y aparecen como marchitas.

Los pétalos de papel se tiñen del mismo modo, pero solamente de dos en dos.

Color rosa. Para teñir en rosa se emplea el mismo procedimiento que para el cereza, con la sola diferencia de que el rosa vegetal se echa en mucha mas cantidad de agua. Para matizar bien en este color, imitando los distintos tonos que se presentan en las flores naturales, se disponen tres salvillas, en cada una de las cuales se prepara un baño de distinto matiz: muy subido para los pétalos del centro de la rosa; mas claro para los siguientes, y mucho mas claro para los últimos y mayores pétalos.

Hay casi siempre en algunas rosas pétalos de un color muy vivo, y para estos se toma el rosa puro como

para el cereza, y se le deja tomar el color; despues se enjuaga en tres vasos tambien, y queda como conviene. Como el color está despojado del cremor, y el agua se halla por consiguiente mas cargada de él, es preciso empezar siempre por enjuagar los pétalos mas pálidos, porque el maliz subiria mucho mas, si antes se enjuagasen los mas teñidos ó vivos.

Para las flores ligeramente sonrosadas, se toma muy poco rosa vegetal, y basta enjuagarlas en un vaso de cremor tártaro y en uno de agua pura.

Amarillo. Para teñir de amarillo, es preciso tener una botella de amarillo puro y un pincel que no se destine á otro color.

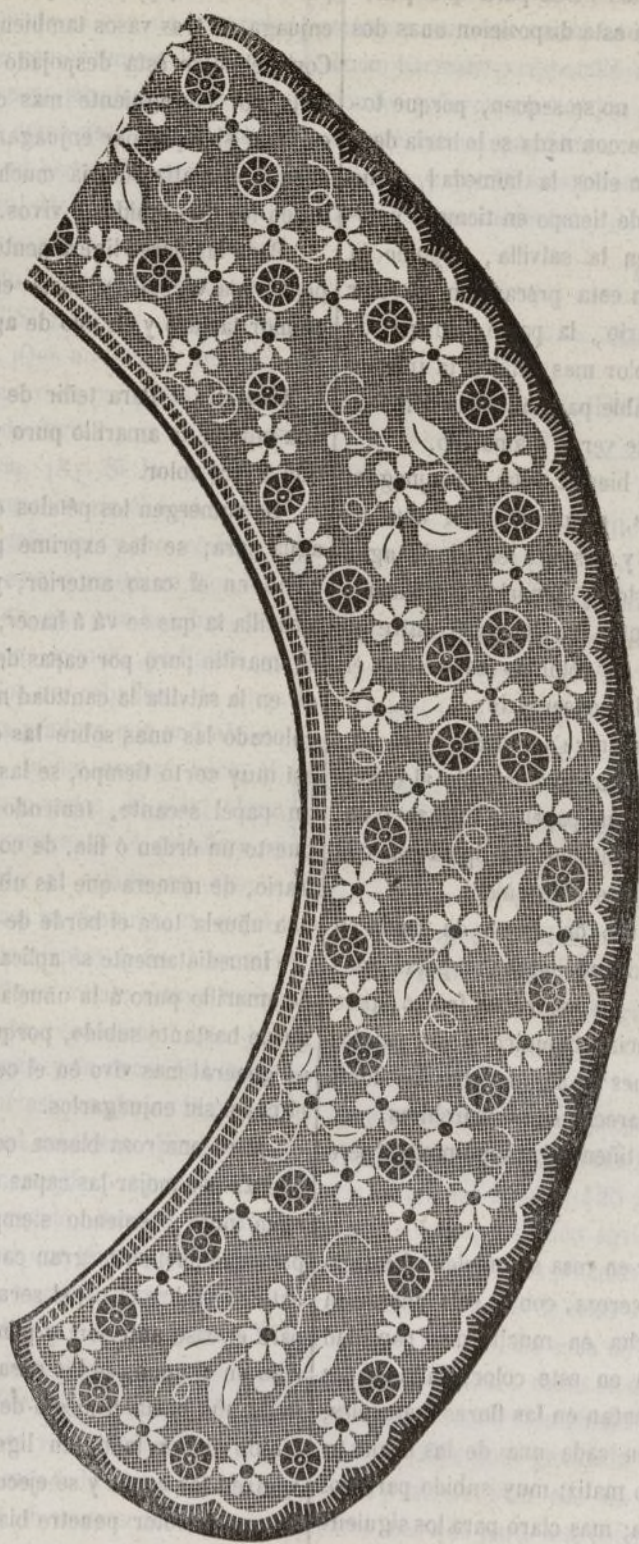
Se sumergen los pétalos que se quieren teñir en el agua pura; se les exprime para que suelten el agua, como en el caso anterior, y despues, si es una rosa amarilla la que se vá á hacer, se sumergen los pétalos en el amarillo puro por capas de á ocho, hasta que se tenga en la salvilla la cantidad necesaria; en esta se habrán colocado las unas sobre las otras; y despues de tenerlas así muy corto tiempo, se las extiende por órdenes sobre un papel secante, teniendo cuidado, luego que se ha puesto un orden ó fila, de colocar el otro en sentido contrario, de manera que las uñuelas se toquen, porque si una uñuela toca el borde de un pétalo, se mancha.

Inmediatamente se aplica con el pincel un golpecito de amarillo puro á la uñuela de los pétalos, de modo que quede bastante subido, porque todas las flores lo tienen en general mas vivo en el centro. Se los deja secar sobre el papel sin enjuagarlos.

Para una rosa blanca con el centro amarillo, se comienza por mojar las capas ó paquetes de pétalos en el agua pura, teniendo siempre cuidado de exprimirlos para que suelten la gran cantidad que absorben; se los extiende sobre el papel secante en el mismo sentido que para el caso anterior; y poniendo algunas gotas de amarillo en el agua, se las pasa el pincel capa por capa desde la uña hasta el medio del pétalo; y luego que se han teñido de un lado tan ligeramente como conviene, se vuelven las capas y se ejecuta la misma operacion, á fin de que el color penetre bien, y se los deja secar.

(Se continuará.)

L.



CUELLO.

Este gracioso y encantador dibujo no permite ningun otro género de bordado que el plumetis. Ya se ejecute sobre tul, ya sobre muselina ó cualquier otra tela, se empleará siempre un hilo del número 60, y con él se cordonearán ó guarnecerán tambien los ojetes, en los que se intercalará el hilo de Escocia para el claro. La pequeña puntilla que indica el dibujo, solo se aplica á los cue-

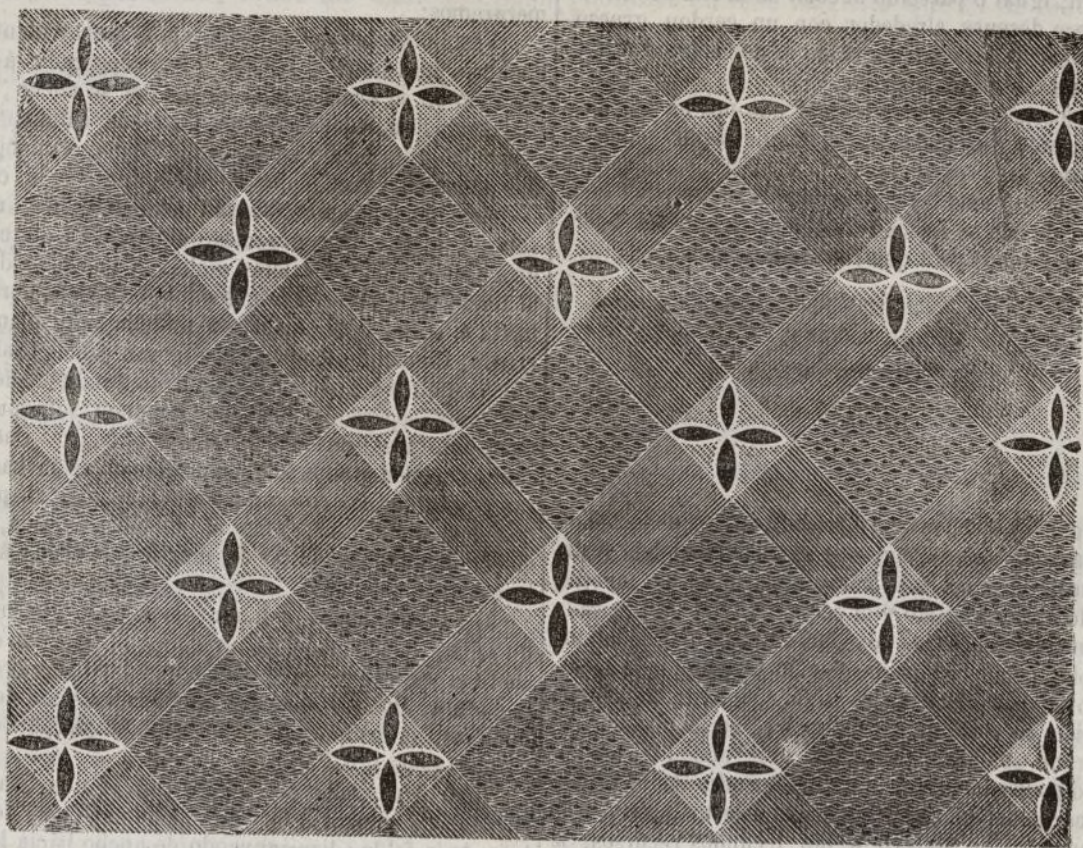
llos de muselina. En cualquier otra tela se suprime, porque no se emplea con propiedad mas que para completa una verdadera imitacion de encaje. Ejecutado el bordado sobre tul, exige el dibujo que se aplique la muselina fina en los picos, á fin de poder cortar bien con su auxilio las puntas que forman y darles mas regularidad.

La ejecucion del resto del trabajo no exige ninguna

modificación, y el dibujo correcto y fiel que ofrecemos nos dispensa de toda explicación detallada, en que nos parece supérfluo entrar, porque el gusto del bordado en blanco está universalmente extendido en las señoras, y

muchísimas de ellas lo ejecutan con una perfección admirable.

C.



ALMOHADON PARA SOFÁ.

Se emplea en este trabajo un pedazo de cachemir azul turquí de cincuenta y cinco centímetros de largo; cinta de terciopelo, color de fuego, de un centímetro de ancha, seda del mismo color para coserla, un pedazo de terciopelo negro, seda negra fina para coserlo y cordón de seda redondo.

A la vista del dibujo, y sin necesidad de la explicación del trabajo á que se destina, no se ocultará á la penetración de nuestras lectoras la unión ó combinación de los materiales de tan diversos colores que hemos indicado, de manera que armonicen entre sí agradablemente.

Presentamos esta labor como una de las que salen del número de las ordinarias, que se distingue por su elegancia y permite á la vez á la persona que la ejecuta dar una prueba de imaginación y de habilidad manual. Las señoras en que se reconocen estas dotes, que son por cierto muchas en nuestro país, ejecutarán esta labor con una rapidez casi tan grande como si hicieran un trabajo semejante en tapicería.

Se empieza trazando sobre la tela, y con el auxilio de una regla y un clarion ó lápiz rojo, las listas cortadas en cuadro que marcan la dirección en que ha de colocarse la cinta: se forra con un pedazo de muselina gruesa para

evitar que luego se encoja á arrugue, y se fija luego la cinta en los dos sentidos que se ha marcado.

El trabajo que ha de seguir se hace mas fácil y cómodo, si antes de fijar la segunda cinta sobre la tela se colocan en ella y los puntos de intersección de las bandas trazadas con el clarion, las pequeñas estrellas de terciopelo negro que ha de llevar, lo cual es muy sencillo hacer. Para esto no hay mas que indicar la forma de la estrella por el reverso de la cinta y aplicar por el anverso ó derecho de ella un pequeño pedazo de terciopelo negro; se cose con seda negra, y á puntada muy fina el contorno de la estrella, de manera que la aguja atraviese las dos piezas ó telas, y despues no hay mas que cortar con cuidado el contorno de cada estrella, una vez cosida al derecho de la cinta. No necesitamos recomendar la exactitud con que es preciso marcar los puntos donde han de colocarse las estrellas, así como la distancia que han de guardar para que resulten con regularidad en la intersección de las dos cintas que se cruzan. Esta es la parte mas delicada de la labor, porque exige mucho cuidado y precisión para que resulte con exactitud.

Estando preparadas en esta forma todas las estrellas, se fija la segunda cinta sobre la primera, de la manera que indica el dibujo: se le doblan los bordes, y con la

seda roja se respuntea ó cose á punto por encima, muy fino, para que quede bien sujeta. Despues, solo resta guarnecer el contorno de cada estrella con el cordon de oro, teniendo cuidado de empezar y concluir en cada una esta operacion, atravesando con él la tela para fijarlo sólidamente.

Para forrar este almohadon se puede emplear tafetan azul turquí, igual ó parecido al color de la tela del fondo. Se guarnece despues alrededor con un cordon grueso, que puede ser de un color parecido al de los lazos sueltos que lleva en los cuatro ángulos.

La disposicion que hemos marcado nos ha parecido la mas elegante. Sin embargo, se puede variar segun el gusto y las bellas creaciones de la fantasia, siempre que se cumpla la suprema ley que preside á todas estas concepciones, de que se asocien convenientemente los diversos colores y tonos para que resulte la armonía.

C.

MODAS.

Abrimos nuestra revista haciendo notar que los adornos de variados colores con que se guarnecen los vestidos, forman la parte mas caracteristica de la toilette, revelando el buen gusto y la economía con que á cada paso se nos presenta una novedad en cada una de las innumerables confecciones que luce la juventud y la belleza. A no ser por este gran recurso, ¡cuántos trajes que no estarian en armonía con la moda, sería preciso reemplazar de una hora á otra! La generalidad de las familias no podrian atender á las necesidades de la moda, á no haber conciliado esta con tanto acierto la economía con el buen gusto. Merced á tan fecundos recursos, la toilette se completa con un pardessus, cuyo guarnecido de berta se reemplaza con otro de blonda, al cual se añade mas tarde un transparente azul, violeta ó negro, segun lo reclame la severidad ó el tono general del traje. Aparte de este carácter que distingue á las mas preciosas novedades, vamos á enumerar lo mas digno de interesar á nuestras lectoras, para la mejor eleccion de su toilette de la estacion.

Se admiran chales de fantasia, agrisados, sembrados de flores bordadas al pasado. Otros de granadina negra y tafetan de color, guarnecidos de gros cordoneado de blanco. Tambien los hay de cachemir negro, guarnecidos de blonda y bordados con seda floja sobre dibujo poco cargado, que forma con pequeñas flores una guirnalda cuadrillada de mucha elegancia todo alrededor. El cachemir magenta guarnecido de dos blondas negras anchas y siete estrechas sobrepuestas y bastante separadas, forma un precioso chal.

Los paletots en forma de basquiña, de gros negro con las costuras y orillas guarnecidas de gros cordoneado de tafetan gris perla, merecen la preferencia.

El aspecto que la moda presenta en los vestidos, es admirable por el gusto en los colores y dibujos, el efecto y armonía de los adornos y la ligereza del conjunto. Interminable habria de hacerse esta revista, si en ella hubiéramos de dar una idea, aunque sucinta, de todo lo que la fecunda imaginacion de la dama elegante hace confeccionar á la hábil modista ó costurera para presentar una novedad, afecta al delicado gusto de las demás. Sin embargo, indicaremos lo mas principal sobre las clases y color rigoroso de las telas, la forma, dispo-

sicion y dimensiones de los adornos, el gusto de la confeccion, objetos los mas inmediatos para las prescripciones de la moda, y de las que se apartan mas ó menos en los detalles, por gusto ó por otras causas que solo tienen fuerza en el misterioso corazon de la muger.

Entre las telas, las gasas, el *barege*, las granadinas y hasta las muselinas alternan con los gros; y entre la variedad infinita de trajes que llaman la atencion, enumeraremos:

Vestido de *barege* agrisado, con cinco volantes que llenan la falta hasta la rodilla, y van repulgados á feston, llevando en su orilla una cinta fija por su ancho, y á la extremidad de cada feston un lazo con caidas. Cuerpo con fichú guarnecido en la misma forma, y mangas con dos pequeños volantes que se remontan por la costura.

Otro de *barege* con rayas blancas y lila, un solo volante, al cual vá sobrepuesto un rizado á dos cabezas, guarnecido todo de tafetan violeta, y concluyendo como al tercio de la falda. Mangas anchas abiertas por detrás hasta el codo, adornadas con un pequeño volante y un rizado. Cinturon atado al lado, y con caidas lisas.

Vestido de gro verde con tres volantes encañonados, muy separados entre sí, llevando sobrepuestas á cada uno tres cintas de terciopelo negro. Cuerpo en punta redonda y abierto en lo alto; mangas anchas abiertas y guarnecidas con un volante de igual disposicion, que á su vez lo está, como el de toda la falda, de terciopelo negro. Manguitas de muselina bordada á la Gabriela.

Otro de gro azul con un solo volante guarnecido de un ancho encañonado de gro negro, que vá colocado sobre el volante y se remonta por el lado izquierdo hasta la cintura. Mangas muy anchas adornadas con dos encañonados, de los que uno sube hasta el cuerpo: este alto y abierto con igual adorno.

Otro azul claro del mismo gro. Falda lisa con un bordado de pasamaneria en la parte anterior, de alto á bajo de la falda, disminuyendo de ancho hácia la cintura, y sentado al biés. Cuerpo alto, abierto en forma de corazon, con la orilla de la abertura bordada como el delantero de la falda. La manga ancha con el mismo bordado alrededor, y bellotas en los pliegues.

Otro de gro pensamiento, adornado con pequeños terciopelos y encajes negros.

Iguals combinaciones se hacen en vestidos de las demás telas que hemos enumerado como de novedad.

Entre los sombreros se admiran muchos preciosamente confeccionados, entre los cuales predominan los de tul blanco bordados con adornos de flores y plumas rizadas, con frutos de admirable efecto. Los hay que llevan al borde del ala un adorno de tul liso cogido en el centro á imitacion de turbante, por una sola rosa, llevando otra parecida debajo, y sobre el bavolet de tul un biés liso de tafetan rosa.

Los de paja de arroz con adornos de flores en forma de diadema; los de paja belga, de fantasia con fondo de tafetan verde; los de crin blanca, negra y gris, guarnecidos de cintas, flores, frutas y plumas rizadas y tendidas, son de un gusto admirable.

Los cinturones de color subido, lisos y con bordado de oro, son de un brillante efecto.

EMILIA R. y R.

MADRID 1.º DE JULIO DE 1861.